

Ciudad de México, 26 de mayo de 2022.

Dr. José Rubén Hernández Cid
Río Hondo, no. 1,
Ciudad

Querido Rubén:

Sé que has concluido una etapa de más de 30 años al servicio de la luz y la inteligencia en el Instituto Tecnológico Autónomo de México. Me han dicho que todavía me recuerdas, y cómo no va a ser, si yo he inspirado decisiones muy importantes en tu trayectoria.

¿Creías que no me iba a enterar que haber hecho el doctorado *dans la France éternelle* no tenía una secreta motivación en el esplendor y la gracia que veías en mí? ¿Esperabas que esa fascinación que te causan las máquinas antiguas no tuviera vestigios en el amor al pasado, que deposité en tu mente precoz?

Mira que eras muy joven cuando nos conocimos, pero ya eras lo bastante juicioso para entender que, para tener un presente glorioso, a veces resulta menester un pasado desafiante, como el que tuve yo.

Todo mundo sabe que me hice dos veces famosa. La primera, por haber sido la primera mexicana en ganar el certamen de *Miss México*, y a Galveston, Texas fui a dar en 1928, para mostrar no solo mi belleza, sino también mi inteligencia. La segunda fama vino con la viudez que me impuso la afrenta, más a la verdad que al honor provocada en mí por el cónyuge que no debió ser, ni mucho menos pretender.

Hoy me adornas con un tercer motivo de fama, porque tú has pronunciado mi nombre. Me invocaste y me arrebataste del silencio que es signo del olvido.

Tal vez no lo sepas: te informo que yo me elevé de este planeta, muy precisamente en el año 1992. Es decir, para quienes saben sumar y restar, y en esta casa del saber, los hay en abundancia, hace 30 años. En tanto que tú inaugurabas, aquí, un intervalo magisterial que hoy concluye con paréntesis a la derecha, y no con corchete.

Has recordado que fui tu maestra de historia en aquel tiempo, cuando la adolescencia barrunta por ser juventud, y algo en mí habrás visto, que quisiste –como yo– hacer de la educación una trayectoria y una aventura.

No rebasabas en edad a los que apenas hace unas horas fueron tus más recientes –que no los últimos– de tus alumnos. Ya imaginaba yo que ese muchachito, curtido por lo más agreste y

entrañable del centro capitalino, quería ser alguien capaz de hacer una diferencia. ¡Y vaya que lo has logrado!

Hiciste del análisis del azar tu profesión. Pero no olvides que el azar te eligió primero a ti, cuando por su efecto y virtud pasaste por esa calle precisa, donde fuiste reclutado para tu primer empleo.

El *cronos* de finales de los años 60 y el *topos* de Pino Suárez se unieron para ponerte a aplicar –sí, ya lo sé– banqueteramente, los cuestionarios destinados a medir, con rudimentarias encuestas, la opinión del público, que habría de estrenar la primera línea del metro en el Distrito Federal.

No lo sabías entonces: era una sutil profecía del azar para que lo abrazaras, lo entendieras, lo modelaras y supieras enseñar su fascinante utilidad y misterio a muchas generaciones.

Esos eran tiempos en los que nuestra amada Universidad Nacional tardaba 5 años en recolectar, procesar, tabular y publicar su numeralia fundamental. Mientras tanto, el azar guardaba como un secreto, que tú lo vencerías a fuerza de méritos y talento para ser escogido en la histórica, incomprendida, y decisiva tarea en la que tú y los tuyos, con su ciencia y su paciencia, le habrían de dar a este país la cuenta de los votos, que ni la necesidad, ni el entusiasmo podían conceder.

La prensa es ingrata y adicta a los escándalos. ¡Sí lo sabré yo! ¿Te conté cómo hicieron de mi reclamo ante la mentira, una sensación? En cambio, mis décadas como maestra de historia nunca llegaron a ser noticia nacional.

Tu modestia y hasta monacal destreza para hacer que el análisis multivariado sea más útil que complicado de entender, están muy lejos del apetito de las primeras planas que tú te mereces.

Por fortuna, tus colegas, tus alumnas y alumnos de antes, de ahora y de siempre, te darán las gracias de forma tan honda, como verdadera: haciendo de tus enseñanzas una práctica constante, y del recuerdo, un gesto de gratitud, tal como tú, querido mío, me has mantenido vigente y sonante, gracias al aprecio que mis clases, mis cualidades y mi experiencia dejaron en ti.

Cesa de pensar en ese café que nunca nos tomamos, pues nos hemos tomado una vida entera para andar los pasos del aprender y del aprender enseñando, compartiendo alma, vida y corazón.

Con afecto,

Teresa Landa, tu maestra.